



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9911

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

MIÉRCOLES 14 DE NOVIEMBRE DE 1894

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 33.

M. ME LEONIE BROUTIN
Modista de Sombreros de París

Todos los días hasta fin de Noviembre,

FONDA FRANCESA

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramientas agrícolas. Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amueblados, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

LA ESTUFA.

Anúnciase el invierno con sus nieves cano, según la feliz expresión del poeta, por una serie interminable de dispendios y sacrificios en el seno de las familias de pocos posibles. Los apuros del esterado, los de la vuelta de los gabanes más ó menos usados; los del aumento del petróleo, y todos los demás apuros domésticos los ha cantado ya con estró envidiable D. Luis Taborda, que es, dicho sea sin ánimo de ofenderle, puesto que él mismo lo reconoce, uno de nuestros primeros tueritos, y el primero, sin duda, de todos mis paisanos.

Pero hay un artefacto de invierno que es indispensable en las casas bien acondicionadas y cuya adquisición y entretenimiento cuesta muchos sinsabores: la estufa.

¡Ah! ¡La estufa! Ella es la compañera del literato que en las soledades de su despacho modesto, piensa y escribe la comedia aplaudible, ó el artículo encomiástico ó la poesía laureable. Ella acompaña, prestándole el calor que no hay en la atmósfera natural, al político que pasa las noches en permanente insomnio, estudiando los finales efectistas de sus discursos, ó calculando cuáles intrigas le darán mejor resultado para conseguir la subsecretaría anhelada, ó la cartera vista en sueños, en las manos de una hada misteriosa, envuelta en sonrosadas nubes y circundada por un rútilo de oro que decía: «Soy la Felicidad, porque soy la Fortuna.»

Ella acompaña en sus desvelos y en sus tristezas á la esposa abandonada por el infiel marido; y también al marido constante estimula á reflexionar sobre las fragilidades de su esposa perjura y caprichosa...

La estufa sustituyó al brasero. Este queda relegado á los hogares más humildes, mientras aquella exparece sus rayos coríficos en los salones suntuosos, en los despachos confortables, en los gabinetes lindísimos. La estufa es testigo mudo de orgías estruendosas y de tristezas mudas. Es elemento de vida porque con su calor estimula y activa las funciones orgánicas. Es alegría, porque sin calor no hay movimiento y sin movimiento no hay vida. ¡Ah! la Estufa... ¡quién la tuviera!.

CALIXTO BALLESTEROS.

TIJERETAZOS

Amarrado á los hierros de un balcón ha aparecido en Zaragoza un muchacho.

El hecho no tiene nada de milagroso. Es simplemente un afecto del cariño maternal de ciertas madres.

Los jurados del partido de Lille se quejan de que no cobran.

Pero en cambio jurarán cuando tengan que ir á ejercer á Toledo

Para sesión tranquila la celebrada por la diputación provincial de Burgos. La mitad de los diputados han quedado desafiados con la otra mitad.

No sabemos qué habrá sido del presidente; pero si es de los desafiados se ha lucido el señor gobernador.

Si ha permanecido neutral en el alboroto, entonces ya tiene el gobernador quien lo consuela.

«Un médico suizo ha tenido la paciencia de contar con el pasómetro el número de los pasos que ha dado durante un año, cuyo total asciende á 9.760.900, ó sea 26.740 pasos diarios por término medio sin contar las idas y venidas sin importancia.

De dicha cantidad, 700.000 representan otros tantos escalones subidos, ó sea unos 2000 diarios.

Calculando como velocidad media dos pasos por segundo, y como longitud, la de dos metros cada tres pasos, el número de pasos cotidianos dados por dicho señor, equivalen á 17 kilómetros y medio al día.

Ahora calculen ustedes los enfermos que tendrá el médico que se ocupa en esas cosas.

En Barcelona se ha fundado una sociedad titulada «Junta iniciadora benéfica para los Santos Reyes».

Y tiene mira la tal junta.

Por que su objeto es abrir una suscripción, con cuyos productos se comprarán juguetes para repartirlos el día seis de Enero entre los niños pobres.

«Es verdad que dan ganas de aplaudir tan delicada obra de caridad? Pues aplaudam» pues.

En Barcelona hay un sereno que se llama Jugur.

Dado el celo que demuestra el gobernador de aquella provincia por perseguir el juego no comprendemos cómo el sereno Jugur no está en la cárcel. Será porque no lo haya denunciado nadie.

NOTAS

El telégrafo ha dado cuenta recientemente del acto realizado por el gobierno chino, solicitando la intervención de las potencias para poner término á la guerra con el Japón.

Es quizá la primera vez que un imperio poderoso, teniendo todavía casi intactos la mayor parte de sus vastos recursos, no vacila en declararse vencido por su enemigo, cuya inferioridad numérica hizo temer en un principio que no pudiera sostener el choque de un enemigo que parecía tan formidable.

Lo que más ha sorprendido es la franqueza con que China se declara incapaz de resistir á los japoneses.

El príncipe Kong, tío del Emperador, convocó hace pocos días á los ministros y representantes extranjeros en China, y en un discurso de tonos tranquilos, según el telegrama de Tientsin en que el «Times» da cuenta del suceso, expuso á sus oyentes que China no se consideraba en condiciones de resistir victoriosamente á los japoneses, y que, dándose por vencida, impetraba de las grandes potencias europeas que, á fin de evitar mayor derramamiento de sangre, intervinieran con el Japon para que éste hiciera cesar las hostilidades.

China ofreció, añadió, como base de paz, renunciar á su soberanía sobre Corea y pagar además una indemnización de guerra á su enemigo.

Los diplomáticos contestaron, como era de rigor, que se apresurarían á poner en conocimiento de sus respectivos gobiernos la petición del Celeste Imperio, haciendo fervientes votos porque tuviera favorable acogida en bien de la humanidad y de los dos imperios rivales.

Casi al mismo tiempo que se tenía noticia en Europa de las extraordinarias declaraciones del príncipe Kong, sabíase que el ministro de China, acreditado en Londres y en París, se apresuraba á conferenciar con los ministros de Negocios Extranjeros respectivamente de Inglaterra y Francia, ante los cuales exponía la pretensión del Celeste Imperio impetrando una pronta resolución, en vista de la urgencia de las circunstancias.

La respuesta dada por las grandes potencias, se ha limitado hasta el presente á una manifestación platónica de sus buenos deseos, pero sin indicar nada que permita esperar, al menos por el momento, no ya una intervención colectiva, pero ni siquiera una mediación amistosa.

El gobierno inglés, que poco há tomó la iniciativa cerca de las demás potencias para hacer lo que ahora pide China, tiene aún decaído reciente el fracaso de su tentativa para repetirla nuevamente, si bien ahora las circunstancias han variado mucho, pues no podría atribuirse á oficiosidad excesiva, como antes, lo que en sentido de la intervención hiciera el gabinete británico.

Hay ahora, como oportunamente dice el «Times» un *locus standi* en que fundar los buenos oficios de la gran potencia que prestando oídos á la petición de China, dé los pasos necesarios para llegar á un acuerdo de las potencias.

Respecto al deseo de Inglaterra, no puede el gobierno del Celeste Imperio tener duda, segura de que muy sinceramente desea el restablecimiento de la paz en Oriente, alentándola en su deseo, no solo el fin humanitario de poner término á una guerra sangrienta, sino el temor, muy justificado por cierto, de que un triunfo completo de los japoneses, cuya consecuencia lógica podría ser la alteración del equilibrio en el Asia Oriental, sería muy ocasionado á que el conflicto pasara del extremo Oriente á las grandes potencias occidentales.

Todavía, á raíz del fracaso de las primeras gestiones de lord Rosebery, insatisfecho el «Daily News», periódico ministerial, en la conveniencia de la intervención, declarando que el nuevo Czar no podría dar mayor principio á su reinado que contribuyendo en unión de las demás potencias, al restablecimiento de la paz entre chinos y japoneses.

La situación internacional es tan delicada y ofrece tantas dificultades el llegar á un acuerdo para un caso necesario entablar una acción común, que no obstante el paso dado por China, todo indica que por el momento la guerra seguirá su curso, y que si acaso, cuando dentro de poco los rigores de la

EL HILO DEL DESTINO.

41

—Un poco de vinagre, Julian,—dijo María, señalando á una botella que había en la mesa.

Julian se aproximó. Cogió la botella. La introdujo á la vislumbre, y la volvió á poner en su sitio.

Tomó enseguida otro tarro que le vino á la mano, y volvió al mismo examen que la botella.

Un suspiro, y una amarga expresión de impaciencia fué el resultado de su examen.

Miró hacia el lecho, á María, después al cielo, y se dejó caer sobre una silla ante la mesa; cubierto el rostro con las manos.

—Julian,—dijo la dulce voz de María desde el sitio donde se hallaba.—Ven: ocupa mi lugar por un momento, ó iré á ver si alguno de los vecinos me quiere dar algo para reanimarla; ya que nosotros carecemos absolutamente de todo.

Exhausta con la violencia de la fiebre, Teresa yacía ahora sin sentido en los brazos de su hija.

Julian prescindió, cumpliendo con la indicación de su hermana, la relevó en su puesto, y descansó la cabeza de su madre sobre su pecho.

María tomó la botella, y con la bondad de algunos de los vecinos, se dispuso á mendigar su socorro.

Era la casa que habitaban, de grande extensión,

40 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

tar, y reducirse á la miserable habitación, ya recientemente descrita.

Allí, en aquella habitación, hacía tres años que arrastraba una triste existencia; allí, hacía tres años, que Teresa, convaleciente cuando entró, volvió á caer enferma; y allí quedó para siempre víctima de una prolongada tisis, que lentamente la iba consumiendo.

Algunas veces abandonaba la cama, y pasaba largos días sentada entre sus hijos, conversando dulcemente con ellos, y animándolos á no desesperar de la suerte; pero, al tiempo que la hemos presentado, hacía meses que se hallaba postrada en el lecho.

Una fiebre violenta la había atacado durante la noche, y aletargada por muchas horas, los primeros síntomas de recuperación que dió, fueron las palabras delirantes que salieron de sus labios; y el llanto angustioso que las siguió.

Años hacía que el llanto de sus hijos se había agotado, tan seco estaba ya el manantial.

Pero, estas lágrimas arrancadas por la idea nueva, que en sueños ó en delirio había cruzado por su mente, abrió de nuevo las fuentes secas.

Trajó las lágrimas á sus ojos, y rápidas corrieron por sus mejillas, humedeciendo la ropa que la cubría.

Los hermanos se miraban.

EL HILO DEL DESTINO.

37

miento de la contemplación del cuadro horrendo que la había hecho tan desgraciada, y viendo en derredor tan solo las dulces memorias de un amor puro y entrañable, de unos sentimientos tan nobles, como grandes, y de una felicidad inmensa, cortada por la temprana muerte del constituidor de aquella dicha.

Allí le veía ausente de su lado, para siempre, por efecto de una visita de Dios, que había codiciado aquel ángel para su reino; lo veía, en verdad: muerto; pero muerto lleno de pureza, é inspirado de aquella virtud que ella le había comunicado.

Y esta fantasía de su mente formaba su consuelo. Pero, fuera de aquel fantástico lugar, lleno de ilusiones y de engaños, en donde Teresa había formado de cada cuadro un altar, de cada mueble un ídolo, volvió á sentir de nuevo todo el peso de la realidad.

Determinó volver á Sevilla como el lugar más cercano, y porque los pobres creen hallar más recursos en las grandes ciudades, que en los pueblos y las aldeas, y acompañada de sus huérfanos hijos, volvió á entrar en la ciudad que le dió el ser.

Sevilla la vio entrar en su seno; pero, hemos expresado mal esta idea; seno: quizás dé á entender que la sociedad le abrió las puertas, que la benevolencia, la caridad le dió la acogida que apetecía, y esto no sucedió.